

Significado

La vida no es un relato

¿Quién soy? ¿Qué debo hacer en la vida? ¿Cuál es el sentido de la vida? Los humanos han estado formulándose estas preguntas desde tiempo inmemorial. Cada generación necesita una respuesta nueva, porque lo que sabemos y lo que no sabemos va cambiando. Dado todo lo que sabemos y lo que no sabemos de la ciencia, de Dios, de la política y de la religión, ¿cuál es la mejor respuesta en la actualidad?

¿Qué tipo de respuesta espera la gente? En casi todos los casos, cuando la gente pregunta por el sentido de la vida, espera que se le cuente un relato. *Homo sapiens* es un animal que cuenta relatos, que piensa en relatos más que en números o en gráficos, y que cree que su propio universo funciona como un relato, lleno de héroes y villanos, conflictos y resoluciones, momentos culminantes y finales felices. Cuando buscamos el sentido de la vida, queremos un relato que explique de qué va la realidad y cuál es mi papel concreto en el drama cósmico. Este papel me convierte en una parte de algo más grande que yo y da sentido a todas mis experiencias y elecciones.

Un relato popular, que se ha contado durante miles de años a miles de millones de humanos ansiosos, explica que todos formamos parte de un ciclo eterno que incluye y conecta a todos los seres. Cada ser cumple una función distintiva en el ciclo. Comprender el sentido de la vida significa comprender la función única de cada uno, y llevar una vida satisfactoria significa cumplir

dicha función.

La epopeya hindú del Bhagavad Gita relata cómo, en mitad de una devastadora guerra civil, al gran príncipe guerrero Arjuna lo consumen las dudas. Viendo a amigos y a familiares en el ejército contrario, vacila antes de luchar contra ellos y matarlos. Empieza a preguntarse qué son el bien y el mal, quién decidió que así fuera y cuál es el propósito de la vida humana. Entonces el dios Krisna le explica a Arjuna que dentro del gran ciclo cósmico cada ser posee un *dharma* único, el camino que debes seguir y los deberes que debes cumplir. Si realizas tu *dharma*, por difícil que sea el camino, gozarás de paz mental y te liberarás de todas las dudas. Si rehúsas seguir tu *dharma* e intentas seguir el camino de alguna otra persona (o vagar sin tomar ningún camino), perturbarás el equilibrio cósmico y nunca encontrarás paz ni alegría. Da igual cuál sea tu camino concreto, mientras lo sigas. Una lavandera que sigue devotamente el camino de lavandera es muy superior a un príncipe que se aparta del camino de príncipe. Al haber entendido el sentido de la vida, Arjuna se dedica a seguir su *dharma* como guerrero. Mata a sus amigos y parientes, conduce a su ejército a la victoria, y se convierte en uno de los héroes más estimados y amados del mundo hindú.

La epopeya de 1994 de Disney *El rey león* se reinventó este relato antiguo para audiencias modernas, donde el joven león Simba interpreta el papel de Arjuna. Cuando Simba quiere conocer el sentido de la existencia, su padre (el rey león Mufasa) le cuenta el gran Círculo de la Vida. Mufasa explica que los antílopes comen hierba, los leones se comen a los antílopes, y cuando los leones mueren, su cuerpo se descompone y alimenta a la hierba. Así es como la vida continúa de generación en generación, siempre que cada animal desempeñe su papel en el drama. Todo está conectado, y cada cual depende de los demás, de manera que si tan solo una hoja de hierba dejara de cumplir su misión, todo el Círculo de la Vida podría deshacerse. La misión de Simba, dice Mufasa, es gobernar el reino de los leones después de la muerte de Mufasa, y mantener en orden a los demás animales.

Sin embargo, cuando Mufasa muere prematuramente, asesinado por su

malvado hermano Scar, el joven Simba se siente responsable de la catástrofe y, atormentado por la culpa, abandona el reino del león, rehúye su destino real y se pierde en la tierra salvaje. Allí encuentra a otros dos parias, una suricata y un facóquero, y juntos pasan unos años despreocupados fuera del camino trillado. Su filosofía antisocial implica que a cada problema responden cantando «hakuna matata»: no te preocupes.

Pero Simba no puede escapar a su *dharma*. Cuando madura, cada vez está más preocupado al no saber quién es y qué debe hacer en la vida. En el momento culminante del filme, el espíritu de Mufasa se le revela a Simba en una visión, y le recuerda el Círculo de la Vida y su identidad real. Simba también se entera de que, en su ausencia, el malvado Scar ha ocupado el trono y ha dirigido mal el reino, que ahora padece mucho debido a la discordia y a la hambruna. Simba comprende por fin quién es y qué debe hacer. Retorna al reino del león, mata a su tío, se convierte en rey y restablece la armonía y la prosperidad. La película termina con un orgulloso Simba presentando a su heredero recién nacido a los animales reunidos, lo que asegura la continuidad del gran Círculo de la Vida.

El Círculo de la Vida presenta el drama cósmico como un relato circular. Porque cuanto Simba y Arjuna saben es que los leones comen antílopes y los guerreros luchan en batallas durante incontables eones y continuarán haciéndolo por siempre jamás. La repetición eterna confiere poder al relato, pues implica que este es el devenir natural de las cosas, y que si Arjuna evita el combate o si Simba rehúsa convertirse en rey, estarán rebelándose contra las leyes mismas de la naturaleza.

Si creo en alguna versión del relato del Círculo de la Vida, esto significa que poseo una identidad fija y verdadera que determina mis deberes vitales. Durante muchos años puedo albergar dudas acerca de dicha identidad o pasarla por alto, pero algún día, en algún gran momento culminante, me será revelada, y comprenderé mi papel en el drama cósmico, y aunque luego tal vez me tope con muchas pruebas y tribulaciones, me habré liberado de las dudas y la desesperanza.

Otras religiones e ideologías creen en un drama cósmico lineal, que tiene un principio definido, una parte intermedia no muy larga y un final definitivo. Por ejemplo, según el relato musulmán, en el principio Alá creó todo el universo y estableció sus leyes. Después reveló dichas leyes a los humanos a través del Corán. Por desgracia, gentes ignorantes y malvadas se rebelaron contra Alá e intentaron quebrantar u ocultar dichas leyes, y depende de los musulmanes virtuosos y leales hacer cumplir estas leyes y propagar el conocimiento de las mismas. Finalmente, en el Día del Juicio, Alá juzgará la conducta de todos y cada uno de los individuos. Recompensará a los virtuosos con una dicha eterna en el paraíso y arrojará a los malvados a los pozos ardientes del infierno.

Esta narración grandiosa implica que mi papel en la vida, pequeño pero importante, es seguir las órdenes de Alá, difundir el conocimiento de Sus leyes y asegurar la obediencia a Sus deseos. Si me creo el relato musulmán, le encuentro sentido a rezar cinco veces al día, a donar dinero para construir una nueva mezquita y a luchar contra apóstatas e infieles. Incluso las actividades más mundanas (lavarse las manos, beber vino, practicar sexo) están impregnadas de un sentido cósmico.

También el nacionalismo mantiene un relato lineal. Así, el relato sionista comienza con las aventuras y los logros bíblicos del pueblo judío, narra dos mil años de exilio y persecución, alcanza un clímax con el Holocausto y el establecimiento del Estado de Israel, y desea que llegue el día en que Israel goce de paz y prosperidad, y se convierta en un faro moral y espiritual para el mundo. Si me creo el relato sionista, llego a la conclusión de que la misión de mi vida es promover los intereses de la nación judía protegiendo la pureza del lenguaje hebreo, luchando para recuperar el territorio judío perdido, o quizá teniendo y criando a una nueva generación de leales niños israelíes.

También en este caso, incluso los proyectos rutinarios están impregnados de significado. El Día de la Independencia, los escolares israelíes suelen entonar una canción popular hebrea que ensalza cualquier acción emprendida por el bien de la patria. Un niño canta: «He construido una casa en la tierra de

Israel», otro niño canta: «He plantado un árbol en la tierra de Israel», otro interviene con: «He escrito un poema en la tierra de Israel», y así sucesivamente, hasta que al final todos se unen en un coro que canta: «Así tenemos una casa, un árbol, un poema [y cualquier otra cosa que se quiera añadir] en la tierra de Israel».

El comunismo cuenta un relato análogo, pero se centra en la clase y no en la etnicidad. El *Manifiesto comunista* empieza proclamando:

La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, en lucha constante, mantuvieron una guerra ininterrumpida, ya abierta, ya velada; una guerra que termina siempre, bien por una transformación revolucionaria de la sociedad, bien por la destrucción de las dos clases antagónicas.^[1]

El manifiesto sigue explicando que, en la época moderna, «la sociedad en su conjunto se divide cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases enemigas: la burguesía y el proletariado».^[2] Su lucha terminará con la victoria del proletariado, lo que señalará el fin de la historia y el establecimiento del paraíso comunista en la Tierra, donde nadie poseerá nada y todos serán completamente libres y felices.

Si creo en este relato comunista, llego a la conclusión de que la misión de mi vida es acelerar la revolución global escribiendo feroces panfletos, organizando huelgas y manifestaciones, o quizá asesinando a capitalistas codiciosos y luchando contra sus lacayos. El relato confiere significado incluso a los gestos más nimios, como boicotear una marca que explota a los trabajadores textiles en Bangladés o discutir con el cerdo capitalista de mi suegro durante la comida de Navidad.

Cuando considero toda la gama de relatos que buscan definir mi verdadera identidad y dar sentido a mis actos, me sorprende percatarme de que la escala significa muy poco. Algunos relatos, como el Círculo de la Vida de Simba, parecen extenderse hacia la eternidad. Solo ante el telón de fondo del universo

puedo saber quién soy. Otros relatos, como la mayoría de los mitos nacionalistas y tribales, son poco convincentes en comparación. El sionismo considera sagradas las aventuras de alrededor del 0,2 por ciento de la humanidad y del 0,005 por ciento de la superficie de la Tierra durante una minúscula fracción de la duración total del tiempo. El relato sionista no atribuye ningún significado a los imperios chinos, a las tribus de Nueva Guinea ni a la galaxia de Andrómeda, y tampoco a los incontables eones que transcurrieron antes de la existencia de Moisés, Abraham y la evolución de los simios.

Esta miopía puede tener repercusiones graves. Por ejemplo, uno de los mayores obstáculos para cualquier tratado de paz entre israelíes y palestinos es que los israelíes no están dispuestos a dividir la ciudad de Jerusalén. Aducen que esta ciudad es «la capital eterna del pueblo judío», y sin duda no es posible transigir en algo que es eterno.^[3] ¿Qué son unas pocas personas muertas en comparación con la eternidad? Desde luego, esto es una completa estupidez. La eternidad tiene como mínimo 13.800 millones de años (la edad actual del universo). El planeta Tierra se formó hace unos 4.500 millones de años y los humanos han existido durante al menos 2 millones de años. En cambio, la ciudad de Jerusalén se estableció hace solo 5.000 años y el pueblo judío tiene, a lo sumo, 3.000 años de antigüedad, lo que difícilmente cumple los requisitos de eternidad.

En cuanto al futuro, la física nos dice que el planeta Tierra será absorbido por un Sol en expansión dentro de unos 7.500 millones de años,^[4] y que nuestro universo continuará existiendo al menos 13.000 millones de años más. ¿Acaso hay alguien que crea seriamente que el pueblo judío, el Estado de Israel o la ciudad de Jerusalén seguirán existiendo dentro de 13.000 años, por no hablar ya de 13.000 millones de años? Considerando el futuro, el sionismo tiene un horizonte de no más de unos pocos siglos, pero eso basta para colmar la imaginación de la mayoría de los israelíes y de alguna manera calificarlo como «eternidad». Y la gente está dispuesta a hacer sacrificios en nombre de «la ciudad eterna», que probablemente no harían por un efímero

conjunto de casas.

Cuando era un adolescente en Israel, también me cautivó inicialmente la promesa nacionalista de convertirme en algo mayor que yo mismo. Quería creer que, si daba mi vida por la nación, viviría para siempre en la nación. Pero no podía comprender lo que quería decir «vivir para siempre en la nación». La frase parecía muy profunda, pero ¿qué significaba en realidad? Recuerdo una ceremonia concreta del día de los Caídos, cuando yo tenía trece o catorce años. Mientras que en Estados Unidos el día de los Caídos se caracteriza sobre todo por ir de compras, en Israel el día de los Caídos es un acontecimiento muy solemne e importante. Ese día en las escuelas se realizan ceremonias para recordar a los soldados que han muerto en las muchas guerras de Israel. Los chicos visten de blanco, recitan poemas, cantan canciones, colocan coronas y hacen ondear banderas. De modo que allí estaba yo, vestido de blanco, durante la ceremonia de mi colegio, y entre el ondear de las banderas y el recitado de poemas pensé naturalmente que cuando creciera también me gustaría ser un soldado caído. Después de todo, si fuera un heroico soldado caído que sacrificó su vida por Israel, todos esos chicos recitarían poemas y harían ondear banderas en mi honor.

Pero entonces pensé: «Espera un momento. Si estoy muerto, ¿cómo sabré que estos chicos está en verdad recitando poemas en mi honor?». De modo que intenté imaginarme muerto. Y me vi reposando bajo alguna lápida blanca en un pulcro cementerio militar, escuchando los poemas procedentes de algo más arriba, la superficie del suelo. Pero entonces pensé: «Si estoy muerto, no puedo oír ningún poema porque no tengo oídos, y no tengo cerebro, y no puedo oír ni sentir nada. Así pues, ¿qué sentido tiene?».

Peor todavía era que a los trece años yo ya sabía que el universo tenía un par de miles de millones de años de antigüedad y que probablemente seguiría existiendo durante miles de millones de años más. ¿Era realista que esperara que Israel existiera durante un tiempo tan extenso? ¿Acaso chicos *Homo sapiens* vestidos de blanco recitarían todavía poemas en mi honor doscientos millones de años después? En aquel asunto había algo sospechoso.

Si resulta que el lector es palestino, no se sienta ufano: es igual de improbable que exista ningún palestino dentro de unos doscientos millones de años. De hecho, con toda probabilidad para entonces no existirá ningún mamífero. Otros movimientos nacionales son igualmente estrechos de miras. Al nacionalismo serbio le importan poco los acontecimientos del período Jurásico, mientras que los nacionalistas coreanos creen que una pequeña península en la costa oriental de Asia es la única parte del cosmos que de verdad importa en el gran plan de las cosas.

Ni que decir tiene que ni siquiera Simba (a pesar de su entrega al perpetuo Círculo de la Vida) contempla nunca el hecho de que leones, antílopes y hierba no sean eternos. Simba no piensa en cómo era el universo antes de la evolución de los mamíferos, ni cuál será el destino de su amada sabana africana después de que los humanos hayan matado a todos los leones y cubierto las praderas de asfalto y hormigón. ¿Haría esto que la vida de Simba careciera de sentido?

Todos los relatos son incompletos. Pero para construir una identidad viable para mí y dar sentido a mi vida, en realidad no necesito un relato completo desprovisto de puntos ciegos y de contradicciones internas. Para dar sentido a mi vida, un relato solo tiene que satisfacer dos condiciones: primera, ha de darme a mí algún papel que desempeñar. Es improbable que el miembro de una tribu de Nueva Guinea crea en el sionismo o en el nacionalismo serbio, porque a estos relatos no les importa en absoluto Nueva Guinea ni su gente. Al igual que las estrellas de cine, a los humanos les gustan solo los guiones que les reservan un papel importante.

En segundo lugar, aunque no es necesario que un buen relato se extienda hasta el infinito, sí tiene que extenderse más allá de mis horizontes. El relato me proporciona una identidad y da sentido a mi vida al asignarme algo mayor que yo mismo. Pero siempre existe el riesgo de que pueda empezar a preguntarme qué da sentido a este «algo mayor». Si el sentido de mi vida es ayudar al proletariado o a la nación polaca, ¿qué otorga sentido exactamente al proletariado o a la nación polaca? Hay un cuento de un hombre que

afirmaba que el mundo se mantiene en su lugar porque descansa sobre el lomo de un enorme elefante. Cuando se le preguntó sobre qué reposaba el elefante, contestó que sobre el caparazón de una gran tortuga. ¿Y la tortuga? Sobre el caparazón de una tortuga todavía mayor. ¿Y esa tortuga más grande? El hombre contestó apresuradamente: «No se preocupe por eso. A partir de ahí hay tortugas hasta el final».

Los relatos de mayor éxito tienen el final abierto. Nunca necesitan explicar de dónde procede en último término el sentido, porque saben captar muy bien la atención de la gente y mantenerla dentro de una zona segura. Así, cuando se explica que el mundo descansa sobre el lomo de un elefante inmenso, uno debe anticiparse a cualquier pregunta difícil describiendo con gran detalle que cuando el elefante bate sus gigantescas orejas, provoca un huracán, y cuando tiembla de cólera, un terremoto sacude la superficie de la Tierra. Si se teje un cuento lo bastante bueno, a nadie se le ocurrirá preguntar sobre qué se sostiene el elefante. De manera parecida, el nacionalismo nos seduce con relatos de heroísmo, hace que se nos salten las lágrimas al contarnos antiguos desastres y desata nuestra furia al mortificarse por las injusticias que padeció nuestra nación. Quedamos tan absortos en esta epopeya nacional que empezamos a evaluar cuanto ocurre en el mundo en función de su impacto sobre nuestra nación, y rara vez pensamos en preguntar, para empezar, qué hizo que nuestra nación fuera tan importante.

Cuando creemos un relato concreto, nos resulta interesantísimo conocer sus detalles más nimios, al tiempo que permanecemos ciegos a todo lo que queda fuera de su ámbito. Los comunistas devotos pueden pasar innumerables horas debatiendo si es permisible que se alíen con los socialdemócratas en los primeros estadios de la revolución, pero rara vez se detienen a reflexionar sobre el lugar del proletariado en la evolución de los mamíferos en el planeta Tierra, o en la expansión de la vida orgánica en el cosmos. Tales charlas ociosas se consideran un desperdicio de palabras contrarrevolucionario.

Aunque algunos relatos se toman la molestia de abarcar la totalidad del espacio y del tiempo, si son capaces de captar la atención, muchos relatos

exitosos permanecen en un ámbito mucho más reducido. Una ley fundamental de la narración es que una vez que un relato consigue extenderse más allá del horizonte de la audiencia, su ámbito último importa poco. La gente puede mostrar el mismo fanatismo asesino en nombre de una nación con mil años de historia que en nombre de un dios con mil millones de años de antigüedad. A la gente, simplemente, no se le dan bien los grandes números. En la mayoría de los casos, cuesta sorprendentemente poco agotar nuestra imaginación.

Dado lo que sabemos acerca del universo, parecería absolutamente imposible que una persona sensata creyera que la verdad última de este y de la existencia humana sea el relato del nacionalismo israelí, alemán o ruso, o de hecho del nacionalismo en general. Un relato que pasa por alto casi la totalidad del tiempo, todo el espacio, el big bang, la física cuántica y la evolución de la vida es, a lo sumo, una minúscula parte de la verdad. Pero, de alguna manera, la gente consigue no ver más allá de él.

En realidad, miles de millones de personas a lo largo de la historia creyeron que para que su vida tuviera sentido ni siquiera necesitaban ser asimilados dentro de una nación o de un gran movimiento ideológico. Era suficiente con que, simplemente, «dejaran algo tras de sí», con lo que se aseguraban que su relato personal continuara más allá de su muerte. El «algo» que dejó atrás es idealmente mi alma o mi esencia personal. Si renazco en un nuevo cuerpo tras la muerte de mi cuerpo actual, entonces la muerte no es el final. Es solo el espacio entre dos capítulos, y la trama que se inició en un capítulo continuará en el siguiente. Mucha gente tiene al menos una fe vaga en una teoría de este tipo, aunque no la basen en ninguna teología específica. No necesitan un dogma complicado, únicamente el sentimiento reconfortante de que su relato continúa más allá del horizonte de la muerte.

Esta teoría de la vida como una epopeya interminable es sumamente atractiva y común, pero adolece de dos problemas principales. Primero, al alargar mi relato personal no lo hago en verdad más significativo; simplemente, lo hago más largo. De hecho, las dos grandes religiones que aceptan la idea de un ciclo interminable de nacimientos y muertes (el

hinduismo y el budismo) comparten su aversión por la futilidad de todo ello. Millones y millones de veces aprendo a caminar, crezco, me peleo con mi suegra, enfermo, muero, y luego lo hago todo de nuevo. ¿Qué sentido tiene? Si yo acumulara todas las lágrimas que he vertido en cada una de mis vidas anteriores, llenarían el océano Pacífico; si reuniera todos los dientes y cabellos que he perdido, alcanzarían una altura superior a la del Himalaya. ¿Y qué he conseguido con todo eso? No es extraño que los sabios hindúes y budistas hayan dedicado gran parte de sus esfuerzos a encontrar la manera de salir de este tiovivo en lugar de perpetuarlo.

El segundo problema de esta teoría es la escasa evidencia de apoyo. ¿Qué prueba tengo de que en una vida pasada fui un campesino medieval, un cazador neandertal, un *Tyrannosaurus rex* o una ameba (si realmente viví millones de vidas, tuve que haber sido un dinosaurio y una ameba en algún momento, porque los humanos solo han existido en los últimos 2,5 millones de años)? ¿Quién pondrá las manos en el fuego asegurando que en el futuro renacerá como un cibernético, un explorador intergaláctico o incluso una rana? Basar mi vida en esta promesa es como vender mi casa a cambio de un cheque diferido que pagará un banco situado por encima de las nubes.

Por tanto, la gente que duda de que algún tipo de alma o espíritu sobreviva en realidad a su muerte se esfuerza por dejar atrás algo un poco más tangible. Ese «algo tangible» puede tomar una de dos formas: cultural o biológica. Puedo dejar atrás un poema, pongamos por caso, o algunos de mis preciosos genes. Mi vida tiene sentido porque la gente todavía leerá mi poema dentro de cien años, o porque mis hijos y nietos estarán todavía aquí. ¿Y cuál es el sentido de sus vidas? Bueno, ese es su problema, no el mío. El sentido de la vida es de este modo un poco como jugar con una granada de mano activada: una vez que se la pasas a alguna otra persona, estás seguro.

Por desgracia, esa modesta esperanza de solo «dejar atrás algo» rara vez se cumple. La mayoría de los organismos que han existido se extinguieron sin dejar ninguna herencia genética. Casi todos los dinosaurios, por ejemplo. O una familia de neandertales cuando los sapiens los relevaron. O el clan polaco

de mi abuela. En 1934, mi abuela Fanny emigró a Jerusalén con sus padres y dos hermanas, pero la mayor parte de sus familiares quedaron atrás, en las ciudades polacas de Chmielnik y Czestochowa. Unos pocos años después llegaron los nazis y los eliminaron a todos, hasta al último niño.

Los intentos de dejar atrás algún legado cultural pocas veces tienen más éxito. Nada ha quedado del clan polaco de mi abuela excepto unas pocas caras descoloridas en el álbum de fotografías familiar, y a los noventa y seis años ni siquiera mi abuela logra poner nombres a las caras. Por lo que yo sé, los miembros del clan no han dejado atrás ninguna creación cultural: ni un poema, ni un diario, ni siquiera una lista de la compra. Se podría aducir que comparten una parte de la herencia colectiva del pueblo judío o del movimiento sionista, pero es difícil que eso dé sentido a su vida individual. Además, ¿cómo sabemos que todos ellos valoraban su identidad judía o estaban de acuerdo con el movimiento sionista? Quizá uno de ellos fuera un comunista convencido y sacrificara su vida siendo espía para los soviéticos. Quizá otro no quisiera más que integrarse en la sociedad polaca, sirviera como oficial en el ejército polaco y fuera asesinado por los soviéticos en la masacre de Katyn. Quizá un tercero fuera una feminista radical que rechazaba todas las identidades tradicionales religiosas y nacionalistas. Puesto que no dejaron nada atrás, es demasiado fácil reclutarlos póstumamente para tal o cual causa, y ni siquiera pueden protestar.

Si no logramos dejar nada tangible atrás, como un gen o un poema, ¿no será suficiente con que hagamos que el mundo sea un poco mejor? Podemos ayudar a alguien, y ese alguien ayudará a continuación a alguna otra persona, y así contribuiremos a la mejora general del mundo y seremos un pequeño eslabón en la gran cadena de la bondad. Quizá seamos el profesor de un niño brillante pero difícil, que acabará siendo médico y salvará la vida de cientos de personas. Quizá ayudemos a una anciana a cruzar la calle e iluminemos una hora de su vida. Aunque tiene sus méritos, la gran cadena de la bondad es un poco como la gran cadena de las tortugas: no es en absoluto evidente de dónde procede su sentido. A un anciano sabio se le preguntó qué había

aprendido acerca del sentido de la vida. «Bueno —contestó—, he aprendido que estoy aquí, en la Tierra, para ayudar a otras personas. Lo que todavía no he entendido es por qué hay aquí otras personas.»

Para quienes no confían en ninguna gran cadena, en ninguna herencia futura ni en ninguna epopeya colectiva, tal vez el relato más seguro y parsimonioso al que pueden encomendarse sea al del amor. El amor no pretende que se vaya más allá del aquí y el ahora. Como atestiguan incontables poemas amorosos, cuando se está enamorado, todo el universo se reduce al lóbulo de la oreja, a la pestaña o al pezón de nuestro amado. Cuando Romeo contempla a Julieta, que apoya la mejilla en su mano, exclama: «¡Oh! ¡Que no fuera yo un guante de esa mano para poder tocar esa mejilla!». Al conectarnos con un único cuerpo aquí y ahora, nos sentimos conectados con todo el cosmos.

Lo cierto es que nuestra amada es solo otro humano, no diferente en esencia de multitudes a las que pasamos por alto a diario en el tren y en el supermercado. Pero para nosotros, él o ella parece el infinito, y somos felices de perdernos en esta infinitud. Poetas místicos de todas las tradiciones han combinado a menudo el amor romántico con la unión cósmica y han escrito sobre Dios como si fuera un amante. Los poetas románticos han saldado la galantería al escribir sobre sus amantes como si fueran dioses. Si estamos de verdad enamorados de alguien, nunca nos preocupa el sentido de la vida.

¿Y qué ocurre si no estamos enamorados? Bueno, si creemos en el relato romántico pero no estamos enamorados, al menos sabemos cuál es el objetivo de nuestra vida: encontrar el amor verdadero. Lo hemos visto en un sinnúmero de películas y hemos leído sobre ello en un sinnúmero de libros. Sabemos que un día conoceremos a ese ser especial, veremos el infinito dentro de dos ojos centelleantes, toda nuestra vida tendrá sentido de repente y todas las preguntas que hayamos albergado se contestarán repitiendo un nombre una y otra vez. Igual que Tony en *West Side Story* o que Romeo al ver a Julieta contemplándolo desde el balcón.

EL PESO DEL TECHO

Aunque un buen relato ha de otorgarme un papel y extenderse más allá de mis horizontes, no tiene por qué ser verdadero. Un relato puede ser pura ficción, y aun así darme una identidad y hacer que sienta que mi vida tiene sentido. De hecho, hasta donde llega nuestro conocimiento científico, ninguno de los miles de relatos que las diferentes culturas, religiones y tribus han inventado a lo largo de la historia es cierto. Todos son solo invenciones humanas. Si buscamos el sentido real de la vida y a cambio obtenemos un relato, debemos saber que es la respuesta equivocada. Los detalles exactos en realidad no importan. Cualquier relato es erróneo, simplemente por ser un relato. El universo no funciona como un relato.

Así pues, ¿por qué la gente cree en estas ficciones? Una razón es que su identidad personal se ha construido sobre el relato. A las personas se nos pide que creamos en el relato desde la más tierna infancia. Lo oímos por boca de nuestros padres, nuestros maestros, nuestros vecinos y de la cultura general mucho antes de que desarrollemos la independencia intelectual y emocional necesaria para poner en cuestión dicho relato y verificarlo. Para cuando nuestro intelecto madura, hemos proyectado tanto en el relato que es mucho más probable que usemos nuestro intelecto para racionalizarlo que para dudar de él. La mayoría de la gente que se dedica a la búsqueda de identidad es como los niños que van a la caza de tesoros: solo encuentra lo que sus padres han ocultado previamente para ella.

En segundo lugar, no únicamente nuestras identidades personales, sino también nuestras instituciones colectivas se han construido sobre el relato. En consecuencia, resulta muy intimidante dudar de este. En muchas sociedades, a quien intenta hacerlo se le condena al ostracismo o se le persigue. Aunque no sea así, hay que tener nervios de acero para cuestionar el tejido mismo de la sociedad. Porque si de verdad el relato es falso, entonces el mundo tal como

lo conocemos no tiene sentido. Leyes estatales, normas sociales, instituciones económicas, todas podrían desmoronarse.

La mayoría de los relatos se mantienen cohesionados por el peso de su techo más que por la solidez de sus cimientos. Pensemos en el relato cristiano. Sus cimientos son los más endeble de todos. ¿Qué prueba tenemos de que el hijo del Creador del universo entero naciera como una forma de vida basada en el carbono en algún lugar de la Vía Láctea hace unos dos mil años? ¿Qué prueba tenemos de que esto ocurriera en la provincia romana de Galilea y de que Su madre fuera una virgen? Pero se han erigido enormes instituciones globales sobre dicho relato, y su peso presiona con una fuerza tan abrumadora que lo mantienen en su lugar. Se han librado guerras enteras por haber querido cambiar una sola palabra del relato. El cisma de mil años entre los cristianos occidentales y los cristianos ortodoxos orientales, que recientemente se ha manifestado en la matanza mutua de croatas y serbios, se inició a partir de la sola palabra *filioque* («y del hijo» en latín). Los cristianos occidentales querían introducir este término en la profesión de fe cristiana, mientras que los orientales se opusieron de forma vehemente. (Las consecuencias de añadir este término son tan arcanas que sería imposible explicarlas aquí de una manera que tuviera sentido. Si el lector es curioso, pregúntele a Google.)

Una vez que identidades personales y sistemas sociales enteros se construyen sobre un relato, resulta impensable dudar del mismo, no debido a las pruebas que lo apoyan, sino porque su hundimiento desencadenaría un cataclismo personal y social. En historia, a veces el techo es más importante que los cimientos.

Todos los relatos que nos dan sentido e identidad son ficticios, pero los humanos necesitamos creer en ellos. Así, ¿cómo hacer que el relato se perciba como real? Es evidente por qué los humanos quieren creer en él, pero ¿cómo se lo creen realmente? Ya hace miles de años que sacerdotes y chamanes dieron con la respuesta: mediante rituales. Un ritual es un acto mágico que hace que lo abstracto sea concreto y lo ficticio, real. La esencia del ritual es el conjuro mágico «Hocus pocus, ¡X es Y!». [5]

¿Cómo hacer que Cristo sea real para sus devotos? En la ceremonia de la misa, el sacerdote toma un pedazo de pan y un vaso de vino, y proclama que el pan es la carne de Cristo y que el vino es la sangre de Cristo, y comiéndolos y bebiéndolos los fieles consiguen la comunión con Cristo. ¿Qué hay más real que sentir de verdad a Cristo en nuestra boca? Tradicionalmente, el sacerdote hacía estas audaces proclamaciones en latín, el lenguaje antiguo de la religión, la ley y los secretos de la vida. Frente a los asombrados ojos de los campesinos reunidos, el sacerdote mantenía en alto un pedazo de pan y exclamaba «Hoc est corpus!» («¡Este es el cuerpo!») y el pan se convertía en teoría en la carne de Cristo. En la mente de los analfabetos campesinos, que no hablaban latín, «Hoc est corpus!» se embarullaba en «¡Hocus pocus!», y así nació el potente hechizo capaz de transformar una rana en un príncipe y una calabaza en un carruaje. [6]

Mil años antes del nacimiento del cristianismo, los antiguos hindúes usaban el mismo truco. El Brihadaranyaka Upanishad interpreta el sacrificio ritual de un caballo como una realización de todo el relato del cosmos. El texto sigue la estructura del «Hocus pocus, ¡X es Y!», y dice: «La cabeza del caballo sacrificial es el alba, su ojo es el sol, su fuerza vital el aire, su boca abierta el fuego llamado Vaisvanara, y el cuerpo del caballo sacrificial es el año, [...] sus miembros son las estaciones, sus articulaciones los meses y quincenas, sus pies los días y noches, sus huesos las estrellas, y su carne las nubes, [...] su bostezo es el relámpago, el temblor de su cuerpo es el trueno, su producción de agua es la lluvia y su relincho es la voz». [7] Y así un pobre caballo se convierte en la totalidad del cosmos.

Casi todo puede transformarse en un ritual al conferir a gestos mundanos, como encender cirios, tañer campanas o contar cuentas, un significado religioso profundo. Lo mismo cabe decir de gesticulaciones físicas, como inclinar la cabeza, postrar todo el cuerpo o juntar las palmas de las manos. Varias formas de tocados, desde el turbante sij hasta el hiyab musulmán, han estado tan cargadas de significado que durante siglos han desencadenado luchas apasionadas.

También el alimento puede estar cargado de significado espiritual mucho más allá de su valor nutritivo, ya se trate de los huevos de Pascua que simbolizan nueva vida y la resurrección de Cristo, o las hierbas amargas y el pan ácimo que los judíos han de comer en la Pascua judía para recordar su esclavitud en Egipto y su huida milagrosa. Apenas hay un plato en el mundo que no se haya interpretado como símbolo de algo. Así, el día de Año Nuevo los judíos creyentes comen miel para que el año que comienza sea dulce, cabezas de pescado para ser fecundos como los peces y desplazarse hacia delante y no hacia atrás, y granadas para que sus buenas obras se multipliquen como las muchas semillas de este fruto.

Asimismo, se han usado rituales similares para fines políticos. Durante miles de años, coronas, tronos y báculos representaron reinos e imperios enteros, y millones de personas murieron en guerras brutales que se libraron por la posesión del «trono» o de la «corona». Las cortes reales cultivaron protocolos sumamente complejos, equiparables a las más intrincadas ceremonias religiosas. En lo militar, disciplina y ritual son inseparables, y los soldados, desde la antigua Roma hasta hoy en día, pasan muchísimas horas marchando en formación, saludando a los superiores y lustrando las botas. Es bien sabido que Napoleón comentó que él podía hacer que los hombres sacrificaran su vida por un galón de colores.

Quizá nadie entendió la importancia política de los rituales mejor que Confucio, que consideró que la observancia estricta de los ritos (*li*) era la clave de la armonía social y la estabilidad política. Clásicos confucianos como *El libro de los ritos*, *Los ritos de Zhou* y *El libro de la etiqueta y los*

ritos registraron hasta el más mínimo detalle qué ritos había que ejecutar en cada acontecimiento de Estado, desde el número de recipientes rituales usados en la ceremonia hasta el tipo de instrumentos musicales que debían tocarse y los colores de los ropajes que debían llevarse. Siempre que China se veía afectada por alguna crisis, los eruditos confucianos culpaban enseguida al abandono de los ritos, como un sargento mayor que culpa de la derrota militar a los soldados holgazanes por no abrillantar sus botas.[\[8\]](#)

En el Occidente moderno, la obsesión confuciana por los rituales se ha visto con frecuencia como una señal de superficialidad y arcaísmo. En realidad, es probable que dé fe de la apreciación profunda e intemporal de la naturaleza humana por parte de Confucio. Quizá no sea una coincidencia que las culturas confucianas (la primera y principal en China, pero también en las vecinas Corea, Vietnam y Japón) crearan estructuras sociales y políticas perdurables. Si queremos conocer la verdad última de la vida, ritos y rituales son un obstáculo enorme. Pero si estamos interesados (como Confucio) en la estabilidad y la armonía sociales, la verdad suele ser una carga, mientras que ritos y rituales figuran entre nuestros mejores aliados.

Esto es tan relevante en el siglo XXI como lo fue en la antigua China. El poder de *hocus pocus* está vivo y coleando en nuestro moderno mundo industrial. En 2018, para mucha gente dos palos de madera clavados son Dios, un cartel coloreado en la pared es la revolución y un retazo de tela que ondea al viento es la nación. No podemos ver ni oír Francia, porque existe solo en nuestra imaginación, pero sin duda podemos ver la bandera tricolor y escuchar «La Marsellesa». De modo que ondeando una bandera y cantando un himno transformamos la nación, que pasa de ser un relato abstracto a una realidad tangible.

Hace miles de años, los hindúes devotos sacrificaban a preciosos caballos; hoy invierten en la producción de costosas banderas. La bandera nacional de la India es conocida como Tiranga (literalmente, «tricolor»), porque está formada por tres bandas de color azafrán, blanco y verde. El Código de la Bandera de la India de 2002 proclama: «La bandera representa las esperanzas

y aspiraciones del pueblo de la India. Es el símbolo de nuestro orgullo nacional. A lo largo de las últimas cinco décadas, varias personas, entre ellas miembros de las fuerzas armadas, han sacrificado incondicionalmente su vida para hacer que la tricolor siga ondeando en todo su esplendor».[9] A continuación, el Código de la Bandera cita a Sarvepalli Radhakrishnan, el segundo presidente de la India, que explicó:

El color azafrán denota renuncia o desinterés. Nuestros dirigentes han de mostrarse indiferentes frente a las ganancias materiales y dedicarse a su trabajo. El blanco en el centro es luz, el camino de la verdad para guiar nuestra conducta. El verde muestra nuestra relación con el suelo, nuestra relación con la vida vegetal de la que depende toda otra vida. La rueda Ashoka en el centro del blanco es la rueda de la ley del *dharma*. La verdad o *satya*, el *dharma* o la virtud tienen que ser los principios controladores de todos los que trabajan bajo esta bandera.[10]

En 2017, el gobierno nacionalista de la India izó una de las banderas más grandes del mundo en Attari, en la frontera indopakistaní, en un gesto calculado para inspirar no renuncia ni desinterés, sino más bien la envidia pakistaní. Aquella Tiranga concreta pesaba 55 toneladas, medía 36 metros de largo y 24 metros de ancho y se izaba sobre un palo de 110 metros de alto (¿qué hubiera dicho Freud de esto?). La bandera podía divisarse desde la metrópoli pakistaní de Lahore. Por desgracia, fuertes vientos la rasgaban continuamente y el orgullo nacional requería que se la cosiera una y otra vez, con gran coste para los contribuyentes indios.[11] ¿Por qué el gobierno indio invierte sus escasos recursos en tejer banderas enormes en lugar de construir sistemas de alcantarillado en los suburbios de chabolas de Nueva Delhi? Porque la bandera hace que la India sea real de una manera que los sistemas de alcantarillado no lo consiguen.

De hecho, el coste mismo de la bandera vuelve el ritual más efectivo. De todos los rituales, el sacrificio es el más potente, porque de todas las cosas del mundo, el sufrimiento es la más real. Nunca puede pasarse por alto o dudar de él. Si queremos que la gente crea de verdad en alguna ficción, persuadámosla para que haga un sacrificio en su nombre. Una vez que sufrimos por un relato,

eso suele bastar para convencernos de que el relato es real. Si ayunamos porque Dios nos ordenó que lo hiciéramos, la sensación tangible de hambre hace que Dios esté presente más que cualquier estatua o icono. Si perdemos las piernas en una guerra patriótica, nuestros muñones y la silla de ruedas hacen que la nación sea más real que cualquier poema o himno. A un nivel menos épico, si preferimos comprar pasta local en lugar de pasta italiana de calidad superior, podríamos estar realizando un pequeño sacrificio diario que hace que sintamos la nación real incluso en el supermercado.

Esto es, desde luego, una falacia lógica. Que suframos debido a nuestra fe en Dios o en la nación no demuestra que nuestras creencias sean ciertas. Quizá estemos simplemente pagando el precio de nuestra credulidad. Sin embargo, a la mayoría de la gente no le gusta admitir que es tonta. En consecuencia, cuanto más se sacrifica por una determinada creencia, más se fortalece su fe. Esta es la misteriosa alquimia del sacrificio. A fin de situarnos bajo su poder, el sacerdote sacrificador no necesita darnos nada: ni lluvia, ni dinero ni una victoria bélica. Más bien necesita quitarnos algo. En cuanto nos convence de que hagamos algún sacrificio doloroso, estamos atrapados.

Esto funciona también en el mundo comercial. Si compramos un Fiat de segunda mano por 2.000 dólares, es probable que nos quejemos de ello al que quiera oírnos. Pero si compramos un Ferrari nuevecito por 200.000 dólares, entonaremos elogios a diestro y siniestro, no porque sea un coche muy bueno, sino porque hemos pagado tanto por él que tenemos que creer que es la cosa más maravillosa del mundo. Incluso en el amor, cualquier aspirante a Romeo o Werther sabe que sin sacrificio no existe un verdadero amor. El sacrificio no es solo una manera de convencer a nuestro amante de que somos serios: es también una manera de convencernos de que estamos realmente enamorados. ¿Por qué cree el lector que las mujeres piden a sus amantes que les regalen anillos de diamantes? Una vez que el amante hace un sacrificio económico tan grande, debe convencerse a sí mismo de que fue por una causa digna.

El sacrificio personal es muy persuasivo no solo para los propios mártires, sino también para los espectadores. Pocos dioses, naciones o revoluciones

pueden sostenerse sin mártires. Si nos atrevemos a poner en cuestión el drama divino, el mito nacionalista o la saga revolucionaria, se nos reprocha de inmediato: «Pero ¡los mártires benditos murieron por esto! ¿Te atreves a decir que murieron por nada? ¿Acaso crees que esos héroes eran estúpidos?».

Para los musulmanes chiíes, el drama del cosmos alcanzó su momento culminante en el día de la Ashura, que fue el décimo día del mes de muharram, sesenta y un años después de la Hégira (el 10 de octubre de 680, según el calendario cristiano). Aquel día, en Kerbala (Irak), soldados del malvado usurpador Yazid asesinaron a Husáin ibn Ali, nieto del profeta Mahoma, junto con un pequeño grupo de seguidores. Para los chiíes, el martirio de Husáin simboliza la lucha eterna del bien contra el mal y de los oprimidos contra la injusticia. De la misma manera que los cristianos representan repetidamente el drama de la crucifixión e imitan la pasión de Cristo, los chiíes representan el drama de la Ashura e imitan la pasión de Husáin. Millones de ellos acuden en masa al sagrado altar de Kerbala, que se estableció donde Husáin fue martirizado, y en el día de la Ashura chiíes de todo el mundo llevan a cabo rituales de duelo, en algunos casos flagelándose y cortándose con cuchillos y cadenas.

Pero la importancia de la Ashura no se limita a un lugar ni a un día. El ayatolá Ruhollah Jomeini y otros numerosos líderes chiíes han dicho muchas veces a sus seguidores que «todos los días son la Ashura, y todo lugar es Kerbala».[\[12\]](#) Así, el martirio de Husáin en Kerbala da sentido a cualquier acontecimiento, en cualquier lugar, en cualquier momento, y ha de considerarse que incluso las decisiones más prosaicas tienen un impacto en la gran lucha cósmica entre el bien y el mal. Si nos atrevemos a dudar de este relato, enseguida se nos recordará Kerbala, y dudar del martirio de Husáin o burlarnos del mismo es la peor ofensa que puede cometerse.

Alternativamente, si los mártires escasean y la gente no desea sacrificarse, el sacerdote sacrificador puede hacer que sacrifiquen a algún otro. Podemos sacrificar a un humano a Baal, el dios vengativo, quemar a un hereje en la hoguera para la mayor gloria de Jesucristo, ejecutar a mujeres adúlteras

porque Alá así lo dijo, o enviar a los enemigos de clase al gulag. Una vez que lo hacemos, una alquimia del sacrificio ligeramente distinta empieza a operar su magia en nosotros. Cuando nos infligimos sufrimiento a nosotros mismos en el nombre de algún relato, esto nos plantea una disyuntiva: «O bien el relato es cierto, o yo soy un tonto crédulo». Cuando infligimos sufrimiento a los demás, también se nos plantea: «O bien el relato es cierto, o yo soy un villano cruel». Y de la misma manera que no queremos admitir que somos tontos, tampoco queremos admitir que somos villanos, de forma que preferimos creer que el relato es cierto.

En marzo de 1839, en la ciudad iraní de Mashhad, un matasanos local le dijo a una mujer judía que padecía una enfermedad de la piel, y que si mataba a un perro y lavaba las manos en su sangre, se curaría. Mashhad es una ciudad chií sagrada, y sucedió que la mujer comenzó la macabra terapia en el día sagrado de la Ashura. Algunos chiíes, al verla, creyeron (o afirmaron creer) que la mujer mató al perro para burlarse del martirio de Kerbala. Por las calles de Mashhad enseguida corrió la voz de este sacrilegio impensable. Alentada por el imán local, una muchedumbre enfurecida irrumpió en el barrio judío, incendió la sinagoga y asesinó a treinta y seis judíos. A los judíos supervivientes de Mashhad se les ofreció después una elección rigurosa: convertirse al islamismo inmediatamente o la muerte. El sórdido episodio apenas dañó la reputación de Mashhad como «capital espiritual de Irán».[13]

Cuando pensamos en sacrificios humanos, por lo general nos vienen a la mente rituales horripilantes en templos cananeos o aztecas, y suele argumentarse que el monoteísmo puso fin a esta práctica terrible. En realidad, los monoteístas practicaron el sacrificio humano a una escala mucho mayor que la mayoría de los cultos politeístas. El cristianismo y el islamismo mataron a mucha más gente en nombre de Dios que los seguidores de Baal o de Huitzilopochtli. En una época en que los conquistadores españoles pusieron fin a todos los sacrificios humanos a los dioses aztecas e incas, en España la Inquisición quemaba a herejes a carretadas.

Los sacrificios pueden darse en todas las formas y envergaduras. No

siempre implican a sacerdotes armados con cuchillos o pogromos sangrientos. El judaísmo, por ejemplo, prohíbe trabajar o viajar en el día sagrado del Sabbat (el significado literal de la palabra Sabbat es «estarse quieto» o «descansar»). El Sabbat empieza con la puesta de sol del viernes y dura hasta la puesta del sol del sábado, y entretanto los judíos ortodoxos se abstienen de hacer casi cualquier tipo de trabajo, incluso cortar papel higiénico del rollo del lavabo. (Tras cierto debate sobre el tema entre los rabinos más doctos, se llegó a la conclusión de que cortar el papel higiénico violaría el tabú del Sabbat, y en consecuencia los judíos devotos que quieran limpiarse el trasero durante el Sabbat han de preparar una reserva de papel higiénico cortado previamente.)[\[14\]](#)

En Israel, los judíos religiosos suelen obligar a los judíos seculares e incluso a ateos consumados a observar esos tabúes. Puesto que el equilibrio del poder en la política israelí suele depender de los partidos ortodoxos, a lo largo de los años han conseguido que se aprobaran leyes que prohíben todo tipo de actividad durante el Sabbat. Aunque no han logrado ilegalizar el uso de vehículos privados durante el Sabbat, sí han podido conseguir que se prohibiera el transporte público. Este sacrificio religioso a escala nacional afecta sobre todo a los sectores más débiles de la sociedad, en especial porque el sábado es el único día de la semana en que las personas trabajadoras están libres para viajar y visitar a familiares y a amigos lejanos y acudir a atracciones turísticas. Una abuela rica no tiene ningún problema en conducir su coche nuevo para visitar a sus nietos en otra ciudad, pero una abuela pobre no puede hacerlo, porque no hay autobuses ni trenes.

Al causar tales dificultades a cientos de miles de ciudadanos, los partidos religiosos demuestran y fortalecen su fe inquebrantable en el judaísmo. Aunque no se vierta sangre, sí se sacrifica el bienestar de muchas personas. Si el judaísmo solo es un relato ficticio, entonces es algo cruel y desalmado impedir que una abuela visite a sus nietos o impedir que un estudiante sin blanca vaya a divertirse un poco a la playa. Cuando, a pesar de todo, esto se hace, los partidos religiosos están diciéndole al mundo (y a sí mismos) que

creen de verdad en el relato judío. ¿Acaso piensa el lector que disfrutan perjudicando a la gente si no hay una buena razón, sea esta la que fuere?

El sacrificio no solo fortalece nuestra fe en el relato, sino que a menudo es un sustituto de todas las demás obligaciones para con este. La mayoría de los grandes relatos de la humanidad han establecido ideales que la mayor parte de la gente no puede cumplir. ¿Cuántos cristianos observan realmente los Diez Mandamientos al pie de la letra, y no dan falsos testimonios ni codician bienes ajenos nunca? ¿Cuántos budistas han alcanzado hasta ahora la fase de ausencia del ego? ¿Cuántos socialistas trabajan al máximo posible de su capacidad al tiempo que no toman más de lo que en realidad necesitan?

Incapaz de estar a la altura del ideal, la gente se dedica al sacrificio como una solución. Un hindú puede cometer fraudes en los impuestos, visitar ocasionalmente a una prostituta y maltratar a sus ancianos padres, pero después se convence de que es una persona muy piadosa, porque ha respaldado la destrucción de la mezquita de Babri Masjid en Ayodhya e incluso ha donado dinero para construir un templo hindú en su lugar. En el siglo XXI ocurre lo mismo que en los tiempos antiguos: la búsqueda humana del sentido de la vida acaba muy a menudo con una sucesión de sacrificios.

LA CARTERA DE LA IDENTIDAD

Los antiguos egipcios, cananeos y griegos se aseguraban los sacrificios. Tenían muchos dioses, y si uno fallaba, esperaban que acabara apareciendo otro, de modo que hacían sacrificios al dios Sol por la mañana, a la diosa Tierra al mediodía y a un grupo diverso de hadas y demonios por la tarde. Esto tampoco ha cambiado mucho. Todos los relatos y dioses en que cree la gente en la actualidad (ya se trate de Yahvé, del Becerro de oro, la Nación o la Revolución) son incompletos, están llenos de agujeros y plagados de

contradicciones. Por tanto, la gente rara vez deposita toda su fe en un único relato. En cambio, mantiene una cartera de varios relatos y diversas identidades, y pasan de uno a otro según sus necesidades. Estas disonancias cognitivas son inherentes a casi todas las sociedades y los movimientos.

Piense el lector en un típico simpatizante del Tea Party que de alguna manera armoniza una fe ardiente en Jesucristo con una firme objeción a las políticas de bienestar gubernamentales y un apoyo a ultranza a la Asociación Nacional del Rifle. ¿No era Jesús algo más aficionado a ayudar a los pobres que a armarse hasta los dientes? Podría parecer algo incompatible, pero el cerebro humano tiene muchos cajones y compartimentos, y algunas neuronas, simplemente, no se hablan entre sí. De manera similar, podemos encontrar a muchos defensores de Bernie Sanders que tienen una fe vaga en alguna revolución futura, mientras que también creen en la importancia de invertir su dinero de forma sensata. Pueden pasar con toda facilidad de debatir sobre la injusta distribución de la riqueza en el mundo a debatir cómo van sus inversiones en Wall Street.

Casi nadie tiene una sola identidad. Nadie es solo musulmán, o solo italiano o solo capitalista. Pero de vez en cuando aparece un credo fanático e insiste en que la gente debe creer únicamente un relato y tener solo una identidad. En generaciones recientes, el más fanático de dichos credos fue el fascismo. El fascismo insistía en que la gente no tenía que creer ningún relato excepto el relato nacional y no había de tener ninguna identidad excepto la identidad nacional. No todos los nacionalistas son fascistas. La mayoría de los nacionalistas sienten una gran fe en el relato de su nación, y hacen hincapié en los méritos únicos de su nación y las obligaciones únicas que tienen para con su nación; no obstante, reconocen que en el mundo hay más cosas aparte de su nación. Yo puedo ser un italiano leal con obligaciones especiales con la nación italiana, y aun así tener otras identidades. Puedo ser un socialista, un católico, un marido, un padre, un científico y un vegetariano, y cada una de estas identidades conlleva obligaciones añadidas. A veces, varias de mis identidades me impulsan en direcciones diferentes y algunas de mis

obligaciones entran en conflicto entre sí. Pero, bueno, ¿quién dijo que la vida es fácil?

El fascismo surge cuando el nacionalismo quiere hacer que la vida sea demasiado fácil para sí, negando todas las demás identidades y obligaciones. Últimamente ha habido mucha confusión sobre el significado exacto de «fascismo». La gente tilda de «fascistas» a todos aquellos que no le gustan. La palabra corre el riesgo de degenerar en un insulto que valga para cualquier cosa. Así pues, ¿qué significa realmente? En resumen, mientras que el nacionalismo me enseña que mi nación es única y que tengo obligaciones especiales para con ella, el fascismo dice que mi nación es suprema y que debo a mi nación obligaciones exclusivas. Nunca antepondré los intereses de ningún grupo o individuo a los intereses de mi nación, con independencia de las circunstancias. Aunque mi nación se dedique a causar muchas desgracias a millones de extranjeros en un país lejano y a cambio de ello consiga un beneficio irrisorio, no he de tener ningún escrúpulo en apoyarla. Si no lo hago, soy un traidor despreciable. Si mi nación me exige que mate a millones de personas, debo matarlas. Si mi nación me exige que traicione la verdad y la belleza, debo traicionarlas.

¿Cómo valora el arte un fascista? ¿Cómo sabe si una película es buena? Muy sencillo. Solo existe una vara de medir. Si el filme sirve a los intereses nacionales, es bueno. Si el filme no sirve a los intereses nacionales, es malo. ¿Y cómo decide un fascista qué enseñar a los niños en la escuela? Usa la misma vara de medir. Enseña a los niños aquello que sirva a los intereses de la nación; la verdad no importa.[\[15\]](#)

Esta veneración por la nación resulta muy atractiva no solo porque simplifica muchos dilemas difíciles, sino también porque hace que la gente piense que pertenece a lo más importante y hermoso del mundo: su nación. Los horrores de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto demuestran las consecuencias terribles de esta línea de pensamiento. Por desgracia, cuando la gente habla de los males del fascismo suele hacerlo a medias, porque tiende a presentar al fascismo como un monstruo horrible al tiempo que no consigue

explicar qué tiene de tan fascinante. Por esta razón, en la actualidad hay personas que a veces adoptan ideas fascistas sin darse cuenta. La gente piensa: «Me enseñaron que el fascismo es feo, y cuando me miro en el espejo veo algo muy hermoso, de modo que no puedo ser un fascista».

Es algo parecido al error que cometen las películas de Hollywood cuando presentan a los malos (lord Voldemort, lord Sauron, Darth Vader) como feos y malvados. Por lo general, son crueles y despreciables incluso para con sus más leales partidarios. Al ver estos filmes, nunca he entendido por qué alguien querría seguir a un tipo tan repugnante como Voldemort.

El problema de la maldad radica en que en la vida real no es necesariamente fea. Puede parecer muy hermosa. El cristianismo lo sabía mejor que Hollywood, razón por la cual el arte cristiano tradicional solía presentar a Satanás como un galán bellísimo. Por ese motivo es tan difícil resistirse a las tentaciones de Satanás. Y también por ese motivo es difícil habérselas con el fascismo. Cuando se mira en el espejo fascista, lo que se ve no es feo en absoluto. Cuando los alemanes miraron en el espejo fascista en la década de 1930, vieron Alemania como lo más bello del mundo. Si hoy en día los rusos miran en el espejo fascista, verán Rusia como lo más bello del mundo. Y si los israelíes miran en el espejo fascista, verán Israel como lo más bello del mundo. Entonces desearán perderse dentro de este hermoso colectivo.

El término «fascismo» proviene del latín *fascis*, que significa «haz de varas». Más bien parece un símbolo poco glamuroso para una de las ideologías más feroces y letales en la historia del mundo. Pero tiene un significado profundo y siniestro. Una única vara es muy endeble y se la puede partir fácilmente en dos. Sin embargo, cuando se atan diversas varas juntas en un *fascis*, resulta casi imposible romperlas. Esto implica que el individuo es algo sin importancia, pero mientras el colectivo permanezca unido, es muy poderoso.^[16] Por tanto, los fascistas creen en favorecer los intereses del colectivo por encima de los de cualquier individuo, y exigen que ni una sola vara se atreva jamás a romper la unidad del haz.

Desde luego, nunca está claro dónde termina un «haz de varas» humano y empieza otro. ¿Por qué tengo que considerar Italia el haz de varas al que pertenezco? ¿Por qué no mi familia, o la ciudad de Florencia, o la provincia de la Toscana, o el continente europeo o la especie humana en su conjunto? Las formas más leves de nacionalismo me dirán que, en efecto, tengo obligaciones para con mi familia, Florencia, Europa y la humanidad entera, así como obligaciones especiales para con Italia. En cambio, los fascistas italianos exigirán lealtad absoluta únicamente a Italia.

A pesar de todos los esfuerzos de Mussolini y su partido fascista, la mayoría de los italianos se mantuvieron bastante indiferentes a eso de poner Italia por delante de su *famiglia*. En Alemania, la propaganda nazi realizó una tarea mucho más concienzuda, pero ni siquiera Hitler consiguió que la gente se olvidara de los relatos alternativos. Incluso en los días más oscuros de la época nazi, la gente siempre mantuvo algunos relatos en reserva que se sumaban al oficial. Como resultó evidente y claro en 1945. Cabía pensar que después de doce años de lavado de cerebro por parte de los nazis, muchos alemanes serían de todo punto incapaces de dar sentido a sus vidas en la posguerra. Habiendo puesto toda su fe en un gran relato, ¿qué hacer cuando dicho relato saltó por los aires? Pero la mayoría de los alemanes se recobraron a una velocidad asombrosa. En algún lugar de su mente conservaron otros relatos acerca del mundo, y apenas Hitler se había disparado una bala en la sien, los habitantes de Berlín, Hamburgo y Múnich adoptaron nuevas identidades y dieron un renovado sentido a sus vidas.

Es cierto que alrededor del 20 por ciento de los *Gauleiters* (los dirigentes regionales del partido) nazis se suicidaron, como hizo alrededor del 10 por ciento de los generales.^[17] Pero eso significa que el 80 por ciento de los *Gauleiters* y el 90 por ciento de los generales estuvieron muy contentos de seguir viviendo. La inmensa mayoría de los nazis con carnet e incluso de las bases de la SS nunca se volvieron locos ni se mataron. Acabaron siendo productivos agricultores, profesores, médicos y agentes de seguros.

De hecho, ni siquiera el suicidio demuestra un compromiso absoluto con un

único relato. El 13 de noviembre de 2015, Estado Islámico organizó varios ataques suicidas en París que costaron la vida a 130 personas. El grupo extremista explicó que lo hicieron en venganza por el bombardeo a activistas de Estado Islámico en Siria e Irak por parte de la aviación francesa, y con la esperanza de disuadir a Francia de seguir llevando a cabo esos bombardeos en el futuro.[\[18\]](#) Al mismo tiempo, Estado Islámico declaró que todos los musulmanes que habían muerto por causa de la aviación francesa eran mártires que ahora gozaban de felicidad eterna en el cielo.

Aquí hay algo que no tiene sentido. Si en efecto los mártires que habían muerto por causa de la aviación francesa están ahora en el cielo, ¿por qué habría nadie de buscar venganza? ¿Venganza por qué, exactamente? ¿Por enviar gente al cielo? Si el lector acabara de oír que su querido hermano ha ganado un millón de dólares en la lotería, ¿empezaría a hacer volar por los aires todas las administraciones de lotería como venganza? Así pues, ¿por qué causar el caos en París solo porque la aviación francesa dio a algunos de sus hermanos un billete de ida al paraíso? Sería aún peor si de hecho se consiguiera disuadir a los franceses de efectuar más bombardeos en Siria. Porque en este caso irían al cielo menos musulmanes.

Podríamos vernos tentados de llegar a la conclusión de que los activistas de Estado Islámico en realidad no creen que los mártires vayan al cielo. Por ese motivo se encolerizan cuando los bombardean y matan. Pero si es así, ¿por qué algunos de ellos se colocan cinturones explosivos y voluntariamente se inmolan y quedan hechos pedazos? Con toda probabilidad, la respuesta es que se aferran a dos relatos contradictorios, sin pensar demasiado en las incoherencias. Como ya se ha dicho, algunas neuronas no se hablan con otras.

Ocho siglos antes de que la aviación francesa bombardeara los baluartes de Estado Islámico en Siria e Irak, otro ejército francés invadió Oriente Próximo, en lo que es conocido por la posteridad como la Séptima Cruzada. Bajo el mando del rey santo Luis IX, los cruzados esperaban conquistar el valle del Nilo y convertir Egipto en un bastión cristiano. Sin embargo, fueron derrotados en la batalla de Mansura, y la mayoría de los cruzados acabaron

prisioneros. Un caballero cruzado, Jean de Joinville, escribió en sus memorias que cuando la batalla estaba perdida y decidieron rendirse, uno de sus hombres dijo: «No puedo estar de acuerdo con esta decisión. Lo que aconsejo es que dejemos que nos maten, porque así iremos al paraíso». Joinville comenta escuetamente que «ninguno hicimos caso de su consejo».[19]

Joinville no explica por qué lo rechazaron. Al fin y al cabo, se trataba de hombres que habían abandonado sus confortables *chateaux* en Francia para embarcarse en una aventura prolongada y peligrosa en Oriente Próximo, sobre todo porque creían en la promesa de la salvación eterna. Entonces ¿por qué cuando solo se hallaban a un instante de distancia de la felicidad eterna del paraíso prefirieron la cautividad musulmana? Por lo visto, aunque los cruzados creían fervientemente en la salvación y en el paraíso, en el momento de la verdad optaron por ir sobre seguro.

EL SUPERMERCADO DE ELSINORE

A lo largo de la historia, casi todos los humanos han creído en varios relatos al mismo tiempo, y nunca han estado absolutamente convencidos de la verdad de ninguno de ellos. Esta incertidumbre ha inquietado a la mayoría de las religiones, que por ello consideraron que la fe era una virtud cardinal y la duda, uno de los peores pecados posibles. Como si hubiera algo intrínsecamente bueno en creer en las cosas sin pruebas. Sin embargo, con el auge de la cultura moderna, la situación cambió. La fe se consideró cada vez más una esclavitud mental, mientras que la duda acabó viéndose como una condición previa a la libertad.

En algún momento entre 1599 y 1602, William Shakespeare escribió su versión de *El rey león*, más conocida como *Hamlet*. Pero, a diferencia de Simba, Hamlet no completa el Círculo de la Vida. Permanece escéptico e

indeciso hasta el final mismo, sin descubrir jamás el sentido de la vida y sin acabar nunca de decidir si es mejor ser o no ser. En esto, Hamlet es el héroe moderno paradigmático. La modernidad no rechaza la plétora de relatos que ha heredado del pasado. En cambio, abre un supermercado para ellos. El humano moderno es libre de probarlos todos, eligiendo y combinando lo que más se acomode a su gusto.

Algunas personas no pueden soportar tanta libertad e incertidumbre. Los movimientos totalitarios modernos como el fascismo reaccionaron de forma violenta al supermercado de ideas dudosas, y superaron incluso a las religiones tradicionales en exigir una fe absoluta en un relato único. Sin embargo, a la mayoría de las personas modernas les gustó el supermercado. ¿Qué se hace cuando no se conoce el sentido de la vida y en qué relato creer? Se santifica la capacidad misma de elegir. Nos quedamos quietos para siempre en el pasillo del supermercado, con el poder y la libertad de elegir lo que nos plazca, de examinar los productos que tenemos delante y..., congela este fotograma, corta, fin. Que pasen los créditos.

Según la mitología liberal, si nos quedamos el tiempo suficiente en este gran supermercado, tarde o temprano experimentaremos la epifanía liberal, y nos percataremos del verdadero sentido de la vida. Todos los relatos de las estanterías del supermercado son falsos. El sentido de la vida no es un producto prefabricado. No hay un guion divino, y nada externo a mí puede dar sentido a mi vida. Soy yo quien lo impregno todo de significado mediante mi libre albedrío y a través de mis propios sentimientos.

En la película de fantasía *Willow* (un cuento de hadas típico, de George Lucas), el héroe epónimo es un enano normal y corriente que sueña con convertirse en un gran hechicero y dominar los secretos de la existencia. Un día, un hechicero de este tipo pasa por la aldea del enano en busca de un aprendiz. Willow y otros dos enanos candidatos se presentan al hechicero, que plantea a los aspirantes una prueba sencilla. Extiende la mano derecha, despliega sus dedos y pregunta con un tono parecido al de Yoda: «El poder de controlar el mundo, ¿en qué dedo está?». Cada uno de los tres enanos elige un

dedo, pero todos eligen el equivocado. No obstante, el hechicero percibe algo en Willow, y después le pregunta: «Cuándo os mostré los dedos, ¿cuál fue tu primer impulso?». «Bueno, fue algo estúpido —contesta Willow, turbado—: elegir mi propio dedo.» «¡Ajá! —exclama el hechicero exultante—. ¡Esa era la respuesta correcta! ¡Te falta fe en ti mismo!» La mitología liberal nunca se cansa de repetir esta lección.

Fueron nuestros propios dedos humanos los que escribieron la Biblia, el Corán y los Vedas, y es nuestra mente la que confiere poder a tales relatos. Son, sin duda, relatos bellos, pero su belleza reside estrictamente en los ojos del espectador. Jerusalén, La Meca, Benarés y Bodh Gaya son lugares sagrados, pero solo debido a lo que sienten los humanos cuando van allí. En sí mismo, el universo es solo un revoltijo sin sentido de átomos. Nada es hermoso, sagrado o sexy, pero los sentimientos humanos así hacen que sea. Solo los sentimientos humanos hacen que una manzana roja sea apetitosa y un zurullo, repugnante. Si eliminamos los sentimientos humanos, nos quedamos con un montón de moléculas.

Esperamos encontrar sentido al encajar nosotros mismos en algún relato prefabricado sobre el universo, pero, según la interpretación liberal del mundo, la verdad es justo lo contrario. El universo no me da sentido. Yo doy sentido al universo. Esta es mi vocación cósmica. No tengo un destino fijado o un *dharma*. Si me encontrara en la piel de Simba o Arjuna, podría elegir luchar por la corona de un reino, pero no tengo por qué hacerlo. Quizá podría unirme a un circo ambulante, ir a Broadway para cantar en un musical o desplazarme a Silicon Valley y lanzar una nueva empresa. Soy libre de crear mi propio *dharma*.

Así, como todos los demás relatos cósmicos, el relato liberal empieza con una narración creacionista. Afirma que la creación tiene lugar en cada momento y que yo soy el creador. ¿Cuál es, pues, el objetivo de mi vida? Crear sentido mediante los sentimientos, los pensamientos, los deseos y las invenciones. Cualquier cosa que limite la libertad humana para sentir, pensar, desear o inventar, limita el sentido del universo. De ahí que la libertad frente a

tales limitaciones sea el ideal supremo.

En términos prácticos, los que creen en el relato liberal viven a la luz de dos mandamientos: crea y lucha por la libertad. La creatividad puede manifestarse en escribir un poema, explorar nuestra sexualidad, inventar una nueva app o descubrir una sustancia química desconocida. Luchar por la libertad incluye cualquier cosa que libere a las personas de las limitaciones sociales, biológicas y físicas, ya sea manifestarse contra dictadores brutales, enseñar a niñas a leer, encontrar una cura para el cáncer o construir una nave espacial. El panteón liberal de los héroes alberga a Rosa Parks y a Pablo Picasso junto a Louis Pasteur y a los hermanos Wright.

Esto parece muy emocionante y profundo en la teoría. Por desgracia, la libertad y la creatividad humanas no son lo que el relato liberal imagina. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento científico, no hay magia tras nuestras elecciones y creaciones. Son el producto de miles de millones de neuronas que intercambian señales bioquímicas, e incluso si liberamos a humanos del yugo de la Iglesia católica y de la Unión Soviética, sus elecciones seguirán estando dictadas por algoritmos bioquímicos tan despiadados como la Inquisición y el KGB.

El relato liberal nos instruye en buscar libertad para expresarnos y realizarnos. Pero tanto «nosotros» como la libertad son quimeras mitológicas tomadas prestadas de los cuentos de hadas de tiempos antiguos. El liberalismo tiene una idea particularmente confusa del «libre albedrío». Evidentemente, los humanos tenemos libre albedrío, tenemos deseos y a veces somos libres para cumplirlos. Si por «libre albedrío» entendemos la libertad para hacer lo que deseamos, entonces sí, los humanos tenemos libre albedrío. Pero si por «libre albedrío» entendemos la libertad para escoger qué desear..., entonces no, los humanos no tenemos libre albedrío.

Si me atraen sexualmente los hombres, puedo ser libre para realizar mis fantasías, pero no para sentir, en cambio, atracción por las mujeres. En algunos casos quizá decida refrenar mis ansias sexuales o incluso probar una terapia de «conversión sexual», pero el deseo mismo de cambiar mi

orientación sexual es algo que mis neuronas me obligan a hacer, tal vez alentadas por prejuicios culturales y religiosos. ¿Por qué una persona se siente avergonzada de su sexualidad e intenta cambiarla mientras que otra celebra los mismos deseos sexuales sin rastro ninguno de culpa? Podría decirse que los sentimientos religiosos de la primera tal vez sean más fuertes que los de la segunda. Pero ¿acaso la gente elige libremente albergar sentimientos religiosos fuertes o débiles? Asimismo, una persona puede decidir ir a la iglesia todos los domingos en un esfuerzo consciente para reforzar sus débiles sentimientos religiosos; pero ¿por qué una persona aspira a ser más religiosa mientras que otra está muy feliz de seguir siendo atea? Esto puede ser el resultado de un número cualquiera de disposiciones culturales y genéticas, pero nunca del «libre albedrío».

Lo que vale para el deseo sexual vale para todos los deseos, y de hecho para todos los sentimientos y pensamientos. Considere simplemente el lector el próximo pensamiento que aflore en su mente. ¿De dónde procede? ¿Ha elegido el lector pensarlo libremente, y solo entonces lo ha pensado? Claro que no. El proceso de autoexploración empieza con cosas sencillas, y cada vez se torna más difícil. Al principio nos damos cuenta de que no controlamos el mundo exterior a nosotros. Yo no decido cuándo llueve. Después nos damos cuenta de que no controlamos lo que ocurre dentro de nuestro propio cuerpo. Yo no controlo mi tensión sanguínea. A continuación comprendemos que no gobernamos siquiera nuestro cerebro. Yo no les digo a las neuronas cuándo disparar. Al final hemos de darnos cuenta de que no controlamos nuestros deseos, ni siquiera nuestras reacciones a tales deseos.

Percatarnos de esto puede ayudarnos a ser menos obsesivos con nuestras opiniones, nuestros sentimientos y nuestros deseos. No tenemos libre albedrío, pero podemos ser un poco más libres de la tiranía de nuestro albedrío. Por lo general, los humanos damos tanta importancia a nuestros deseos que intentamos controlar y modelar el mundo entero según dichos deseos. Al perseguir nuestros antojos, los humanos volamos a la Luna, nos enzarzamos en guerras mundiales y desestabilizamos todo el ecosistema. Si

comprendemos que nuestros deseos no son las manifestaciones mágicas de la libre elección, sino que por el contrario son el producto de procesos bioquímicos (influidos por factores culturales que también se hallan fuera de nuestro control), nos preocuparíamos menos de ellos. Es preferible entendernos a nosotros, nuestra mente y nuestros deseos que intentar alcanzar cualquier fantasía que surja de nuestra cabeza.

Y a fin de conocernos, un paso fundamental es reconocer que el «yo» es un relato ficticio que los mecanismos intrincados de nuestra mente construyen, ponen al día y reescriben sin cesar. En mi mente hay un narrador que explica quién soy, de dónde vengo, hacia dónde me dirijo y qué está ocurriendo ahora mismo. Como los expertos manipuladores del gobierno que explican (y maquillan) las últimas turbulencias políticas, el narrador interno se equivoca en muchas ocasiones, pero rara vez, o nunca, lo admite. Y de la misma forma que el gobierno construye un mito nacional con banderas, iconos y desfiles, mi máquina de propaganda interna construye un mito personal con recuerdos estimados y traumas apreciados que suelen guardar muy poco parecido con la verdad.

En la época de Facebook e Instagram, este proceso de creación de mitos puede observarse mejor que nunca, porque parte del mismo se ha externalizado desde la mente al ordenador. Resulta a la vez fascinante y espantoso ver que hay personas que pasan incontables horas construyendo y embelleciendo un yo perfecto en línea, que quedan prendadas de su propia creación y que la confunden con la verdad sobre ellas mismas.[\[20\]](#) Así es como unas vacaciones familiares repletas de atascos de tráfico, riñas insignificantes y silencios tensos se convierte en una colección de bellos paisajes, cenas perfectas y caras sonrientes; el 99 por ciento de lo que experimentamos nunca forma parte del relato del yo.

Resulta particularmente digno de atención que nuestro yo de fantasía suela ser muy visual, mientras que nuestras experiencias reales son corpóreas. En la fantasía, observamos una escena en el ojo de nuestra mente o en la pantalla del ordenador. Nos vemos de pie en una playa tropical, el mar azul detrás de

nosotros, una amplia sonrisa en nuestra cara, con una copa de cóctel en una mano y con el otro brazo rodeando la cintura de nuestro amante. El paraíso. Lo que la fotografía no muestra es la molesta mosca que nos muerde la pierna, la fastidiosa sensación en nuestro estómago por haber comido aquella horrible sopa de pescado, la tensión en la mandíbula mientras fingimos una amplia sonrisa y la fea pelea que esa feliz pareja ha tenido hace cinco minutos. ¡Si pudiéramos sentir lo que siente la gente de las fotografías al tiempo que las hacemos!

De ahí que si de verdad queremos comprendernos, no hemos de identificarnos con nuestra cuenta de Facebook o con el relato interno del yo. En cambio, hemos de observar el flujo real de cuerpo y mente. Veremos aparecer y desaparecer pensamientos, emociones y deseos sin mucha razón y sin ninguna orden por nuestra parte, de la misma manera que vientos diferentes soplan desde esta o aquella dirección y nos despeinan. Y de la misma manera que no somos los vientos, tampoco somos el batiburrillo de pensamientos, emociones y deseos que experimentamos, y sin duda no somos el relato expurgado que contamos de ellos en retrospectiva. Los experimentamos todos, pero no los controlamos, no los poseemos y no somos ellos. La gente pregunta: «¿Quién soy?», y espera que se le cuente un relato. Lo primero que hemos de saber de nosotros es que no somos un relato.

NINGÚN RELATO

El liberalismo dio un paso radical al negar todos los dramas cósmicos, pero después recreó el drama dentro del ser humano: el universo no tiene guion, de manera que nos corresponde a los humanos escribirlo, y esa es nuestra vocación y el sentido de nuestras vidas. Miles de años antes de nuestra época liberal, el antiguo budismo fue más allá al negar no solo todos los dramas cósmicos, sino incluso el drama interno de la creación humana. El universo

no tiene sentido, y los sentimientos humanos tampoco tienen sentido alguno. No son parte de un gran relato cósmico: son solo vibraciones efímeras que aparecen y desaparecen sin propósito concreto. Esta es la verdad. Piénsalo, lector.

El Brihadaranyaka Upanishad nos dice que «la cabeza del caballo sacrificial es el alba, su ojo es el sol, [...] sus miembros son las estaciones, sus articulaciones los meses y quincenas, sus pies los días y noches, sus huesos las estrellas, y su carne las nubes». En cambio, el Mahasatipatthana Sutta, un texto budista fundamental, explica que cuando un humano medita, él o ella observa su cuerpo con detenimiento, advirtiendo que «en este cuerpo hay cabellos en la cabeza, pelos en la piel, uñas, dientes, piel, carne, tendones, huesos, médula, riñones, corazón, [...] saliva, moco nasal, fluido sinovial y orina. Así sigue observando el cuerpo. [...] Ahora se ha producido su comprensión: “¡Esto es el cuerpo!”».[21] Los cabellos, huesos y orina no significan nada más. Solo son lo que son.

Fragmento tras fragmento, el texto sigue explicando que da igual lo que la persona que medita observe en el cuerpo o en la mente: él o ella sencillamente lo entienden. Así, cuando quien medita respira, «al inspirar una gran bocanada de aire, el monje lo entiende adecuadamente: “Estoy inspirando una gran bocanada”. Al inspirar una bocanada pequeña, lo entiende perfectamente: “Inspiro una bocanada pequeña”».[22] La bocanada grande no representa las estaciones ni la bocanada pequeña los días. Son solo vibraciones en el cuerpo.

Buda enseñó que las tres realidades básicas del universo son que todo cambia sin cesar, que nada tiene ninguna esencia perdurable y que nada es completamente satisfactorio. Podemos explorar las regiones más alejadas de la galaxia, o nuestro cuerpo o nuestra mente, pero nunca encontraremos algo que no cambie, que tenga una esencia eterna y que nos satisfaga por completo.

El sufrimiento surge porque la gente no tiene en cuenta esto. Cree que en algún lugar existe alguna esencia eterna, y que si pudiera encontrarla y

conectarse a ella, estaría completamente satisfecha. A veces, a esta esencia eterna se la denomina Dios, a veces nación, a veces alma, a veces el auténtico yo y a veces amor verdadero; y cuántas más personas están conectadas a ella, más desengañadas y desgraciadas se sienten debido a su incapacidad de encontrarla. Peor todavía: cuanto mayor es dicha conexión, mayor es el odio que esta gente desarrolla hacia cualquier persona, grupo o institución que parezca situarse entre ellos y su objetivo anhelado.

Así pues, según Buda la vida no tiene sentido, y la gente no necesita crear ningún sentido. Solo tiene que darse cuenta de que no existe sentido, y así se librará del sufrimiento causado por nuestras conexiones y nuestra identificación con fenómenos huecos. «¿Qué debo hacer?», pregunta la gente, y Buda aconseja: «No hagas nada. Absolutamente nada». Todo el problema radica en que no paramos de hacer cosas. No necesariamente en el plano físico: podemos estar sentados inmóviles y con los ojos cerrados durante horas, pero en el plano mental estamos muy atareados creando relatos e identidades, luchando en batallas y obteniendo victorias. No hacer nada en realidad significa que la mente tampoco hace nada ni crea nada.

Por desgracia, también esto se transforma muy fácilmente en una epopeya heroica. Incluso mientras permanecemos sentados con los ojos cerrados y percibimos el aire que entra y sale por nuestros orificios nasales, podríamos empezar a construir relatos al respecto. «Mi respiración es un poco forzada, y si respiro más despacio, estaré más sano», o «Si sigo observando mi respiración y no hago nada, accederé a la iluminación y seré la persona más sabia y feliz del mundo». Entonces la epopeya empieza a expandirse, y la gente se embarca en una búsqueda no solo para liberarse de sus propias conexiones, sino también para convencer a otros de que lo hagan. Después de aceptar que la vida no tiene sentido, encuentro el sentido al explicar esto a los demás, debatiendo con los incrédulos, dando discursos a los escépticos, donando dinero para construir monasterios, etcétera. «Ningún relato» puede convertirse demasiado fácilmente en otro relato.

La historia del budismo proporciona mil ejemplos de cómo personas que

creen en la transitoriedad y la futilidad de todos los fenómenos, y en la importancia de no tener conexiones, pueden discutir y luchar por gobernar un país, por poseer un edificio o incluso por el significado de una palabra. Pelearse con otras personas porque creemos en la gloria de un Dios eterno es lamentable pero comprensible; pelearse con otras personas porque creemos en la futilidad de todos los fenómenos es realmente extraño, pero muy humano.

En el siglo XVIII, las dinastías reales de Birmania y del vecino Siam se enorgullecían de su devoción a Buda, y ganaron legitimidad al proteger la fe budista. Los reyes dotaban monasterios, erigían pagodas y escuchaban semanalmente a monjes sabios que predicaban elocuentes sermones sobre los cinco compromisos morales básicos de todo ser humano: abstenerse de matar, robar, maltratar sexualmente, engañar y embriagarse. No obstante, los dos reinos no paraban de luchar entre sí. El 7 de abril de 1767, tras un prolongado asedio, el ejército del rey birmano Hsinbyushin atacó la capital de Siam. Las tropas victoriosas mataron, saquearon, violaron e incluso se embriagaron por doquier. Después incendiaron gran parte de la ciudad, con sus palacios, monasterios y pagodas, y se llevaron a casa a miles de esclavos y carretas rebosantes de oro y joyas.

Y no es que el rey Hsinbyushin se tomara su budismo a la ligera. Siete años después de su gran victoria, efectuó una procesión real a lo largo del gran río Irawadi, rindiendo culto en las pagodas importantes del camino y rogando a Buda para que bendijera a sus ejércitos con más victorias. Cuando Hsinbyushin llegó a Rangún, reconstruyó y amplió el edificio más sagrado de toda Birmania, la pagoda de Shwedagon. Después lo recubrió con el oro equivalente al peso del edificio y erigió un chapitel también de oro sobre la pagoda que engastó con piedras preciosas (quizá las del saqueo en Siam). También aprovechó la ocasión para ejecutar al rey cautivo de Pegu, a su hermano y a su hijo.[\[23\]](#)

En el Japón de la década de 1930, la gente incluso encontró maneras imaginativas de combinar las doctrinas budistas con el nacionalismo, el militarismo y el fascismo. Pensadores budistas radicales, como Nissho Inoue,

Ikki Kita y Tanaka Chigaku, adujeron que para disolver las conexiones egoístas propias, la gente debía entregarse por completo al emperador, eliminar todo pensamiento personal y observar una lealtad completa a la nación. Estas ideas inspiraron varias organizaciones ultranacionalistas, entre ellas un grupo militar fanático que pretendía derrocar el sistema político conservador de Japón mediante una campaña de asesinatos. Mataron al antiguo ministro de Finanzas, al director general de la compañía Mitsui y al final al primer ministro Inukai Tsuyoshi. De este modo aceleraron la transformación de Japón en una dictadura militar. Cuando más tarde los militares se embarcaron en la guerra, los sacerdotes budistas y los maestros de meditación zen predicaron la obediencia abnegada a la autoridad del Estado y recomendaron el sacrificio personal para el esfuerzo de la guerra. En cambio, las enseñanzas budistas sobre la compasión y la no violencia se olvidaron de alguna forma, y no ejercieron ninguna influencia perceptible en el comportamiento de las tropas japonesas en Nanjing, Manila o Seúl.[\[24\]](#)

Hoy en día, el historial de derechos humanos de la budista Myanmar figura entre los peores del mundo, y un monje budista, Ashin Wirathu, encabeza el movimiento antimusulmán en el país. Afirma que solo quiere proteger Myanmar y el budismo contra las conspiraciones musulmanas de la yihad, pero sus sermones y artículos son tan incendiarios que en febrero de 2018 Facebook eliminó su página, aludiendo a la prohibición en Facebook de los discursos de odio. En 2017, durante una entrevista para *The Guardian*, el monje predicó la compasión hacia un mosquito que pasaba, pero cuando se le presentaron alegaciones de que mujeres musulmanas habían sido violadas por militares de Myanmar, se rio y dijo: «Imposible. Su cuerpo es demasiado repugnante».[\[25\]](#)

Hay muy pocas probabilidades de que se alcance la paz mundial y la armonía global cuando 8.000 millones de humanos se pongan a meditar de manera regular. ¡Es tan difícil observar la verdad sobre nosotros mismos! Incluso si de alguna manera conseguimos que la mayoría de los humanos lo intenten, muchos de nosotros distorsionaremos enseguida la verdad que

descubramos para convertirla en algún relato con héroes, villanos y enemigos, y encontraremos excusas realmente buenas para ir a la guerra.

LA PRUEBA DE LA REALIDAD

Aunque todos estos grandes relatos son ficciones generadas por nuestra propia mente, no hay motivos para desesperar. La realidad sigue estando ahí. No podemos interpretar un papel en ningún drama fantástico, pero ¿por qué querríamos hacerlo, para empezar? La gran pregunta a la que se enfrentan los seres humanos no es: «¿Cuál es el sentido de la vida?», sino: «¿Cómo podemos librarnos del sufrimiento?». Cuando abandonemos todos los relatos ficticios, estaremos en condiciones de observar la realidad con mucha más claridad que antes, y si sabemos realmente la verdad sobre nosotros y sobre el mundo, nada podrá hacernos desgraciados. Pero, desde luego, esto es mucho más fácil de decir que de hacer.

Los humanos hemos conquistado el mundo gracias a nuestra capacidad de crear relatos ficticios y de creérnoslos. Por tanto, somos bastante torpes a la hora de conocer la diferencia entre la ficción y la realidad. Pasar por alto esta diferencia ha sido cuestión de supervivencia. Si, no obstante, queremos conocer la diferencia entre una y otra, hay que empezar desde el sufrimiento. Porque la cosa más real en el mundo es el sufrimiento.

Cuando nos enfrentemos a algún gran relato y deseemos saber si es real o imaginario, una de las preguntas clave que habrá que plantear es si el héroe central de la narración puede sufrir. Por ejemplo, si alguien nos cuenta el relato de la nación polaca, dediquemos un momento a reflexionar si Polonia puede sufrir. Es bien sabido que Adam Mickiewicz, el gran poeta romántico y padre del moderno nacionalismo polaco, denominó a Polonia «el Cristo de las naciones». Al escribir en 1832, décadas después de que Polonia fuera

repartida entre Rusia, Prusia y Austria, y poco después de que la rebelión polaca de 1830 fuera brutalmente aplastada por los rusos, Mickiewicz explicó que el horrendo sufrimiento de Polonia fue un sacrificio en nombre de toda la humanidad, comparable al sacrificio de Cristo, y que igual que Cristo, Polonia se alzaría de entre los muertos.

En un pasaje famoso, Mickiewicz escribió:

Polonia dijo [al pueblo de Europa]: «Quienquiera que venga a mí será libre e igual, porque yo soy la LIBERTAD». Pero los reyes, cuando lo oyeron, amedrentándose sus corazones, crucificaron a la nación polaca y la tendieron en su tumba, gritando: «Hemos matado y enterrado a la Libertad». Pero gritaron neciamente. [...] Porque la nación polaca no murió. [...] Al tercer día, el alma retornará al cuerpo y la nación se levantará y libraré de la esclavitud a todos los pueblos de Europa.[\[26\]](#)

¿Puede sufrir en verdad una nación? ¿Tiene una nación ojos, manos, sentidos, afectos y pasiones? Si se la pincha, ¿sangrará? Claro que no. Si es vencida en la guerra, pierde una provincia o incluso renuncia a su independencia, pero no puede experimentar dolor, tristeza ni ningún otro tipo de desgracia porque no tiene cuerpo, ni mente, ni ningún tipo de sentimiento. Lo cierto es que se trata solamente de una metáfora. Solamente en la imaginación de determinados humanos es Polonia una entidad real capaz de sufrir. Polonia resiste porque esos humanos le prestan su cuerpo, no solo sirviendo como soldados en el ejército polaco, sino por encarnar en su carne las alegrías y penas de la nación. Cuando en mayo de 1831 llegaron a Varsovia las noticias de la derrota polaca en la batalla de Ostrołęka, los estómagos humanos se revolvieron angustiados, los pechos humanos jadearon apenados, los ojos humanos se llenaron de lágrimas.

Nada de esto justifica la invasión rusa, por descontado, ni socava el derecho de los polacos a establecer un país independiente y a decidir sus propias leyes y costumbres. Pero sí significa que, en último término, la realidad no puede ser el relato de la nación polaca, porque la existencia misma de Polonia depende de imágenes de las mentes humanas.

En comparación, considérese el destino de una mujer de Varsovia a la que las tropas invasoras rusas robaron y violaron. A diferencia del sufrimiento metafórico de la nación polaca, el sufrimiento de aquella mujer fue muy real. Podría muy bien haber sido causado por las creencias humanas depositadas en varias ficciones, como el nacionalismo ruso, el cristianismo ortodoxo y el heroísmo machista, todos los cuales inspiraban a muchos de los estadistas y soldados rusos. Sin embargo, el sufrimiento resultante seguía siendo cien por cien real.

Cuando los políticos empiezan a hablar en términos místicos, ¡cuidado! Podrían intentar disfrazar y justificar el sufrimiento real envolviéndolo en palabras altisonantes e incomprensibles. Sea el lector especialmente prudente a propósito de las cuatro palabras siguientes: sacrificio, eternidad, pureza, redención. Si oye alguno de estos términos, haga sonar la alarma. Y si resulta que vive en un país cuyo dirigente dice de forma rutinaria cosas como «Su sacrificio redimirá la pureza de nuestra nación eterna», sepa que tiene un problema grave. Para conservar la cordura, intente siempre traducir esta monserga en términos reales: un soldado que grita agonizante, una mujer que es apaleada y vejada, un niño que tiembla de miedo.

De modo que si el lector quiere saber la verdad acerca del universo, del sentido de la vida y de su propia identidad, lo mejor para empezar es observar el sufrimiento y analizar lo que es.

La respuesta no es un relato.